

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción.

Toledo: D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:

Gigantones, 5, principal.

Suscripción.

Un año.....	3,00 pesetas.
Número suelto.....	0,10
Idem atrasado.....	0,10

Pago adelantado.

LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD

EL MUNDO ROMANO: SU TRANSFORMACION

IV. La Iglesia y la fraternidad.

El sensualismo engendra la crueldad. La Roma pagana ha justificado este principio. El odio y la crueldad dominaban.

No sólo eran tratados con dureza los esclavos, sino que el mayor de los placeres consistía en presenciar las luchas sangrientas, hasta la muerte, de los gladiadores entre sí o con las bestias feroces. Innumerables vidas de hombres eran sacrificadas en estos pasatiempos sangrientos. La austera República de los Fabios y de los Escipiones ya conoció las matanzas del Circo. En los funerales de Lepido, Roma presenció el combate de veintidós pares de gladiadores y de sesenta en las exequias de Cicerón. Estos eran los legados de beneficencia que los grandes hombres dejaban al pueblo. Julio César ajustó, para los espectáculos que tuvo intención de dar a Roma, tan gran número de gladiadores, que sus adversarios tomaron celo y un Senado Coasulto, fijó el número de retarios y mirmillones que podían degollarse en un día. Sin embargo, poco tiempo después vinieron a las manos, bajo los auspicios de César, seiscientos cuarenta gladiadores.

Augusto prohibió a los pedtores ofrecer más de dos juegos de ciento veinte hombres por año. Horacio y Perseo hablan, sin embargo, de cien pares de combatientes ofrecidos por los particulares. En los espectáculos ofrecidos por Augusto mismo, se vio guerrear a diez mil hombres.

Tibegio determina también un máximo para los juegos ofrecidos por los particulares; pero no por humanidad, sino para salvar las imperiales prerrogativas.

Trajano ofrece una vez diez mil combatientes.

Bajo la República, se estimaba en treinta talentos de oro (unas 184.000 pesetas); el coste de una brillante fiesta de gladiadores. El Imperio gastaba mucho más. Los Samnitas, los Galos, los Tracios, los Germanos, los Bretones, los Suevos, los Dacios, daban su sangre para distraer a los romaos.

Cuarenta y seis años antes de Jesucristo, Julio César hizo en el Campo de Marte un depósito en donde dos fiadas, Siria y Egiptia, compuestas de dos mil soldados y dos mil remeros, combatieran una contra otra. Augusto puso tres mil hombres frente a frente y Claudio diecinueve mil en una nauaquia. Dieciocho elefantes, seiscientos leones y cuatrocientos diez leopardos concurren a los juegos de Pompeyo; tres mil quinientos leopardos a los juegos de Augusto.

En la inauguración del anfiteatro Flaviano, Tito consagra cien días a las diversiones de la plébe.

Trajano, después de su triunfo sobre los Dacios, hace combatir once mil animales feroces contra seres humanos.

Ovidio y Stacio, exaltan estos juegos. Cicerón dice que son una saludable enseñanza de menosprecio, al dolor y a la muerte. El hijo elogia a Trajano que da estas diversiones al pueblo. Tácito, sintiendo un poco la sangre verídica, dice que después de todo es una sangre venal. Solo Séneca expresa cierto sentimiento de disgusto. El sentimiento de fraternidad humana falta en el paganismo.

Mucho costó a la Iglesia destruir estos juegos sanguiarios, a los que estaba el pueblo habituado. Continuaron bajo los primeros emperadores cristianos. Fue preciso que un día, bajo la dominación de Honorio, un Sacerdote heroico llamado Telémaco, se avalanzase a la arena, entre las dos filas de gladiadores para contenerlos. El pueblo no comprendió la sublime belleza de este acto y oyoit a los gladiadores con sus gritos; el Sacerdote murió mártir de su abnegación por la humanidad. Pero el pueblo reflexionó

después y renunció a los combates del Circo. La sangre del Sacerdote cristiano salvó la fraternidad humana.

Todas las debilidades fueron despreciadas por el orgullo y la sensualidad de los paganos.

Se consideraba como un crimen socorrer a los pobres, porque era prolongar el embaraço que causaban a la República. Trajano hizo llenar tres barcos con estos miserables y los hizo arrojar al mar para limpiar las calles de Roma.

Cristo enseñó al mundo que El era el precio de un alma. Fraternidad y Caridad, tal es el espíritu que aporta el Evangelio y que se manifiesta desde el principio. Buen número de los primeros cristianos ponen sus bienes en común. Los que no llegan a eso, entregan regularmente grandes ofrendas en la Caja común que administra la Iglesia y más especialmente los diaconos, en provecho de todos los necesitados. «Cada uno, dice Tertuliano, aporta algún dinero todos los meses, si puede y quiere. Este tesoro sirve para alimentar y enterrar a los pobres, para sostener a los huérfanos, los náufragos, los desterrados, los condenados a las minas ó a la prisión por la causa de Dios. Nos damos el título de hermanos; estamos prestos a morir los unos por los otros.» Este es el antipoda del egoísmo pagano.

La caridad parecía tan natural a los primeros cristianos, que no se preocuparon en alabarse; pero los paganos nos han dejado en sus escritas algunas noticias de las costumbres cristianas. Allí vemos con qué consideración y con qué solicitud eran acogidos en las casas de los cristianos los obreros y los pobres. «Si encuentran a un ignorante, un rústico, aseguran bien, le abren sus puertas. Afirmando que este desecho de la especie humana es digno de su Dios: muestran suficientemente que no pueden persuadir más que a idiotas, a hombres que nada tienen, a esclavos, a mujeres, a necios. Sus casas rebosan de tejedores, de zapateros, de sastres.» (Celsio).

Mientras el más humano de los filósofos de la antigüedad escribía que «la marca de un espíritu débil es enternecerse por los males de otro y compartirlos», el cristiano considera, como el más importante de sus deberes, compadecerlos y remediarlos.

El mismo filósofo declaró que «el sabio no puede ser susceptible de compasión y que su alma goza de una serenidad tranquila que ninguna nube puede perturbar.» (Séneca. De la clemencia, lib. II). La religión cristiana responde con una conducta opuesta. Desde un principio provee a todas las miserias como nos lo recuerda Tertuliano, y cuando es libre organiza sus obras con el concurso del poder. Hizo falta todo un diccionario nuevo para denominar las obras citadas, alentadas por las leyes Justinianas a favor de los huérfanos, de los enfermos, de los viajeros, de los viejos, de las viudas, etc., etc.

Aristóteles habia dicho que «en las antiguas Repúblicas, los nobles y los plebeyos se juraban eterna enemistad.» En la nueva, al contrario; todas las clases puestas al nivel de una igualdad común delante de Dios, cimentan libre y generosamente el pacto de una eterna amistad.

El grito de odio de Celsio se reproduce dieciséis siglos más tarde. La filosofía sin Dios desprecia al obrero y al pobre. Voltaire hace eco a Celsio y afirma del pueblo que será siempre soez y bárbaro; toro a quien hace falta un yugo, un aguijón y heno.

Solo la Iglesia ha hecho reinar la verdadera fraternidad.

LA ILUSION

Buscando la dicha, ansiosa Blanca paloma del cielo Descendió a la tierra Y al llegar al hondo valle

Sobre un arroyo, su vuelo Suspendió.

Vió fascinada su imagen Allí en el seno escondido Del caudal,

Y creyó que otra paloma Dejaba también su nido Celestial.

Y en el lenguaje ignorado De las aves, la decía:

«¡Dulce bien!

¡Sola cual yo, dónde vuelas!

¡Buscas quizá la alegría

¡Tú también!...»

Y volaba la paloma Lauzando leve suspiros

Al pasar,

Casi tocando su imagen

Que iba siguiendo sus giros

En su cesar.

Y ora remontaba el vuelo;

Pero entonces contemplaba

Con dolor,

Que su paloma... su imagen

Se alejaba, se alejaba

Sin temor.

Y al arroyo bulliciosa

Una y otra vez volvía,

¡Siempre allí!

Y a la imagen, que llegaba,

Paroco que la decía:

¡Ven tras mí!

Por fin, hacia aquella imagen

Ciega, con afán ardiente

Se lanzó,

Y al buscarla entre las ondas,

En la revuelta corrióse

¡Pereció!...

Manuel Sánchez de Castro.

La promesa de Jesús es consoladora.

Jesucristo consuela a los Apóstoles en la noche de la última cena, y les promete que les enviará el Espíritu Santo, que les enseñará toda verdad. Les anuncia su pronta partida en aquéllas para ellos ininteligibles palabras: *Un poco y ya no me veréis, y un poco y me veréis, porque voy al Padre.*

Jesús, que no ha salido del su Padre, afirma que vuelve a su Padre, cuando poco antes les ha manifestado que *Todas las cosas que tiene el Padre son mías.* Estas estas aseraciones a la luz de una crítica ligera, sin penetración de los dogmas católicos, parece que convuelven contradicción; pero si el estudio de la doctrina católica ha nutrido el entendimiento del crítico, considera ésta que habiéndole comunicado el Padre al Hijo su esencia y su ser, que son lo mismo, y el Padre engendrará la persona del Hijo, nunca ha podido éste separarse del Padre aunque tomara la naturaleza humana, que es la que subirá a la diestra del Padre.

Cristo, al anunciarles que volvería después de poco tiempo, ora por su Resurrección a los tres días; ora cuando sentado en su trono venga a juzgar a vivos y muertos, les promete una dicha suma, una alegría y un gozo inenarrable que nadie podrá quitársela, ya cuando vean a Jesús Resucitado, y más aún cuando disfruten sus entendimientos el cumplimiento final de sus trabajos, la posesión de la verdad que jamás puede perderse. La posesión de una verdad que aduciendo cabalmente el entendimiento al objeto de su visión, el gozo que experimentarán llenar sus almas produciéndoles la felicidad que buscan.

El entendimiento del hombre obtendrá la felicidad cuando cada uno vea a Dios en su misma esencia. Promesa, en la que Jesús ampara su palabra en la noche más memorable que han presenciado los siglos, y que su realización requiere nuestra cooperación. ¡Dí-

choso el entendimiento que sate su deseo de saber!

El entendimiento es una fuerza prodigiosa de las que dispone el hombre. No es un agregado de moléculas; ni el desarrollo de imperceptibles átomos que en su desenvolvimiento adquieren el poder casi infinito de que Dios tuviera por conveniente dotarle. El entendimiento es una potencia del alma humana puramente espiritual, como es el alma en la cual radica.

Esta potencia espiritual goza de actividad asombrosa, elevándose en sus concepciones hasta la esencia del mismo Dios y tratando de sus atributos, a los que consideran fundados en la esencia metafísica de Dios y discutiendo de los que conoce; ya considerándolos aisladamente por abstracción que potencia tan noble efectúa; ya considerándolos en orden a la esencia; ya en el que entre sí es dado al hombre saber, formando la potencia intelectual esa ciencia admirable nombrada Teología Natural, ó sea la Teodicea cristiana.

Si hubiéramos de enumerar la asombrosa fuerza de nuestro entendimiento abrazado las múltiples ciencias que ahora son el patrimonio del hombre, sería un improviso trabajo que excedería los límites de un artículo. Si bien es verdad que, pasando la vista por cuadros en que se describan los tesoros de conocimientos reunidos por los anhelos de los hombres de todos los pueblos, el hombre reconoce ó debe reconocer el gran don que a Dios plugaría concederle. Esto debiera servirle para levantar su mente a Dios y darle gracias.

El gran número de ciencias conseguidas por el hombre al mismo tiempo de enseñarle la grandeza de su entendimiento y lo sublime de tan maravillosa potencia, le hace que aprenda su pequeñez. Superior es el entendimiento a los astros y planetas que nosotros contemplamos; mucho más excelente que toda la tierra por esplendorosa que sea su ornamentación con tanta variedad de animales, plantas y minerales. Muy hermoso es el espectáculo imponentísimo del Océano agitado por las olas que, con sus bramidos, ponen el espanto en el corazón más esforzado; muy hermosa es la soledad del desierto; espectáculos los más asombrosos en sentir de Chateaubriand, porque entonces el hombre vislumbra la Omnipotencia y Suprema Majestad de Dios; pero no es necesario recrearse con la contemplación de la naturaleza en ocasiones en que el pavor se apodere del ánimo para formar alguna idea, del infinito poder divino, basta examinar la hermosura del entendimiento humano creado por Dios.

A la vez que el hombre conoce el valor de su entendimiento, alcanza a penetrar su pequeñez, y que necesita un objeto que fije la inquietud de su potencia intelectual, para que, sin ardar de un objeto a otro, se encuentre satisfecho.

El hombre en sus estudios nota los sin-cuentos esfuerzos que con precisión debe ejecutar para ir aumentando el caudal de sus conocimientos; a sus ojos se ofrecen y a sus domas sentidos, uno a uno, los seres que pueblan el Universo, y con tan pequeños materiales, con el empleo de mucho tiempo y gran aplicación de su mente los más aventajados, valiéndose de los principios que su entendimiento, al momento ofreceles, llegan con lo universal, aplicado a lo particular. A formar esas construcciones admirables llamadas ciencias.

El hombre en vano dirige los conatos de su entendimiento en busca de un principio, fundamento de las ciencias.

El principio existe y el hombre debe de buscarlo, pero los principios que aquí se conocen no son suficientes, para conseguir la quietud de su entendimiento, son demasiado generales, necesita un trabajo continuo para hacer sus aplicaciones, lo universal no contiene, lo particular sino en germen, y un conocimiento así es imperfectísimo, y es a manera de las grandes pers-